

CRÓNICA DEL CURSO DE VERANO “ARQUEOLOGÍA CASTREÑA EN ASTURIAS: NOVEDADES Y PROPUESTAS METODOLÓGICAS”

Carlos Marín Suárez y Jesús F. Jordá Pardo

Secretario y Director del Curso

Entre los días 9 y 11 de julio de 2008 se celebró en Gijón (Asturias) un curso de verano con el nombre “Arqueología castreña en Asturias: novedades y propuestas metodológicas” dentro de los XIX Cursos de Verano de la UNED. Lo que aquí presentamos, pues, son las actas originadas de aquellas conferencias.

La necesidad de organizar dicho curso radicó en la particular historia de la investigación que ha tenido la arqueología castreña en Asturias, especialmente en los últimos tiempos. Cuando en la década de los años 80 y comienzos de los 90 ya estaban asentadas más o menos correctas secuencias culturales para la Edad del Hierro en las regiones limítrofes con Asturias, a excepción de Cantabria, en Asturias se instauró un paradigma romanista para explicar el origen del mundo castreño, cuya principal consecuencia fue vaciar de contenido al primer milenio a.C., instaurándose así unos “siglos oscuros” de difícil explicación. Paradójicamente, pese a que el mundo romano era el marco de referencia para los “castros asturianos”, los discursos que se generaron seguían determinados por las fuentes clásicas, manteniéndose la Arqueología protohistórica de nuevo como subsidiaria de la Historia Antigua. Esta situación comenzó a revertirse ya en parte en los años 80, pero sobre todo en la década de los 90 y en las excavaciones que hasta día de hoy se llevan a cabo. Como hitos principales de estos nuevos tiempos podríamos marcar las excavaciones del castro gijonés de la Campa Torres, la segunda tanda de trabajos arqueológicos en el castro de San Chuis (Allande), las intervenciones en diferentes castros de la ría de Villaviciosa y la revisión de trabajos antiguos así como nuevas excavaciones en área en numerosos castros del occidente asturiano dentro del Parque Histórico del Navia, siendo éstas las únicas que por el momento se mantienen a día de hoy. Gracias a todas ellas, y al concurso de excavaciones estratigráficas y de métodos de datación como es el C14, se han podido reconocer en Asturias unas claras Primera y Segunda Edad del Hierro, se ha conseguido entroncar a los castros asturianos con las sociedades nómadas de la Edad del Bronce, se han fijado algunos de los “fósiles guía” de cada fase, y se ha dado a las fases romanas de los castros asturianos el estricto papel que les corresponde.

Pese al importante avance de estos últimos años aún son severas las carencias de la arqueología castreña en Asturias. En concreto llama la atención la escasa atención que se le ha prestado a las cerámicas de la Edad del Hierro, pese a ser el principal resto material con el que nos encontramos y poseer grandes posibilidades interpretativas. Además seguimos corriendo el riesgo de naturalizar límites administrativos actuales -el Principado de Asturias- en la Edad del Hierro con la creación y mantenimiento de una artificial “cultura castreña asturiana”, cuya investigación se ha cerrado sobre sí misma y no ha tenido en cuenta los procesos culturales de las regiones aledañas y del resto del Arco Atlántico. Sin duda, la

principal carencia consiste en que seguimos haciendo una Arqueología que acumula datos, pero que aún no se ha lanzado a generar narraciones históricas autónomas, creadas exclusivamente a partir de la cultura material, y que en última instancia puedan ser comparadas con la información de las fuentes clásicas y de la epigrafía para la fase romana de los castros. Cuando éstas se han intentado se suele presentar a los grupos castreños - desde una perspectiva ciertamente naif- como sociedades en armonía y sospechosamente familiares, reservándose el conflicto exclusivamente a los momentos de la conquista romana. Como si la desigualdad y el conflicto no fueran inherentes a todo grupo social, ya que como mínimo los sistemas de sexo-género, jerarquizados por definición, han operado en todos los grupos humanos. Con el fin de comenzar a revertir estas carencias se organizó el mencionado curso de verano, cuyas actas presentamos a continuación.

Gonzalo Ruiz Zapatero (Fotografía 1) acomete la importante labor de enmarcar los castros asturianos en el contexto de la Edad del Hierro de la Europa central y occidental, con especial énfasis en el Arco Atlántico, ya que esta perspectiva geográfica amplia es la única que nos permitirá apreciar con corrección cuáles son los paralelismos así como las especificidades culturales de las sociedades del primer milenio a.C. del occidente cantábrico. Lamentablemente y en contra de los deseos del profesor Ruiz Zapatero y de los nuestros, no hemos podido contar con el texto de su intervención para su publicación en este volumen.



Fotografía 1: Gonzalo Ruiz Zapatero durante su intervención.

Por su parte **Carlos Marín Suárez** (Fotografía 2) reflexiona sobre las similitudes y diferencias de las primeras sociedades castreñas del occidente cantábrico con respecto a sus predecesoras de la Edad del Bronce, para arrojar algo de luz sobre este momento fundamental para entender los castros asturianos y que o bien ha sido desatendido o bien se ha explicado tradicionalmente mediante unas invasiones o conquista “celtas” y/o “indoeuropeas” que el registro arqueológico no corrobora. Para ello, el autor se marca el objetivo de establecer las fases de la Primera Edad del Hierro del occidente cantábrico mediante la recalibración de las fechas radiocarbónicas publicadas hasta el momento en dicha zona. El paso siguiente consistiría en dar contenido histórico, y por lo tanto social, a dichas fases. El autor entiende que los primeros castros cantábricos a fines del s. IX cal AC suponen el acta de nacimiento de la Edad del Hierro en la zona, lo que, en un sentido histórico, debe entenderse como la ruptura de una *doxa* social que sustentaba un *ethos* igualitario y, por lo tanto, como un momento en cierta medida traumático, y que además, se dio de forma muy rápida en el tiempo. No obstante los paisajes castreños de la Primera Edad del Hierro siguen poseyendo numerosas concomitancias con los de sus antepasados de la Edad del Bronce.



Fotografía 2: Carlos Marín Suárez durante su intervención.

Uno de los principales yacimientos que ha permitido hacer a la arqueología castreña en Asturias más científica es, como decíamos más arriba, el castro de San Chuis (Allande). **Jesús F. Jordá Pardo** realiza un repaso por las principales características de dicho poblado

fortificado, del cual podríamos decir que fue el primero de Asturias en ser excavado con una metodología arqueológica moderna, ya a comienzos de los años sesenta, mientras que en otros lugares, por estas mismas fechas, más que excavarse se escarbaba. Gracias a las excavaciones de los años sesenta y a la posterior tanda de intervenciones de los años ochenta conocemos a día de hoy una buena parte de la trama urbana, tanto de la Segunda Edad del Hierro como de época romana, a lo largo de dos barrios claramente diferenciados, así como, en lugares puntuales del yacimiento, las evidencias de las cabañas de material perecedero de la Primera Edad del Hierro. Todo ello, unido al hecho de que San Chuis es uno de los poblados castreños asturianos con una mejor secuencia cronológica definida radiocarbónicamente -la cual nos revela que al menos debió de estar en uso 1160 años- hace que las posibilidades interpretativas del poblado sean de alto interés científico.



Fotografía 3: Jesús F. Jordá Pardo al inicio de su intervención.

Ajustar las interpretaciones sociales que frecuentemente se realizan sobre la Edad del Hierro del occidente cantábrico es la propuesta de **David González Álvarez** (Fotografía 4), para lo que, de forma novedosa en nuestro ámbito de estudio, recurre a la disciplina etnoarqueológica, la cual no es una proveedora de analogías directas con pueblos preindustriales actuales o subactuales sino que se trata de una disciplina que evoca, inspira, en definitiva, que abre nuestra mente para que si habitualmente manejamos un par de interpretaciones posibles en la explicación de un hecho histórico -tradicionalmente influidas por los textos clásicos y por nuestra perspectiva presentista y capitalista- pasemos a manejar una docena de ellas, demostrándose así que las formaciones sociales pueden adoptar infinitas formas. Lo atrevido del trabajo consiste en hacer etnoarqueología no con pueblos

africanos o asiáticos, sino con nuestros primitivos modernos, las sociedades tradicionales asturianas, ya sean *xaldas* o *vaqueiras*, mediante el uso de sus concepciones y movimientos espaciales, del folklore asociado a los restos arqueológicos, etc. Todo ello sin caer en los frecuentes esencialismos de muchos trabajos pseudoetnográficos, que establecen una línea directa entre el pasado prerromano y los campesinos del mundo tradicional asturiano, ya que para el autor el acercamiento a los grupos preindustriales, sean de hace unas pocas décadas o de dos milenios atrás, hay que realizarlo desde la alteridad, entendiendo al Otro en sus propios términos.



Fotografía 4: David González Álvarez en un momento de su charla.

Dentro de la Asturias castreña es el sector oriental el más desconocido de todos. Para ello **Gema E. Adán Álvarez** (Fotografía 5), **Mónica González Santana** (Fotografía 6) y **Rosa M^a Cid López** (Fotografía 7) se proponen en su trabajo el triple objetivo de revisar las excavaciones del Picu'l Castru de Caravia, reinterpretar la iconografía de la diadema de Moñes y dar una nueva visión de las estelas vadinienses del oriente asturiano y noreste leonés. Sin duda las excavaciones del castro de Caravia en 1917 por Aurelio de Llano fueron un caso excepcional en cuanto a metodología de excavación e interpretación histórica. No obstante las excavaciones realizadas en este poblado en 1992 permiten reinterpretar la secuencia del mismo, especialmente en lo que se refiere a la estructura y construcción de las defensas pétreas y a las diferentes fases de ocupación, corroborándose no obstante, como ya afirmaba Aurelio de Llano hace casi cien años, su inclusión en la Segunda Edad del Hierro.



Fotografía 5: Gema E. Adán Álvarez durante su intervención en el aula de la Campa Torres.



Fotografía 6: Mónica González Santana en un momento de su charla.

Queda de manifiesto la importancia que tiene hoy en día la revisión de excavaciones y materiales antiguos para su reinterpretación desde parámetros teóricos actualizados. Entre estas nuevas líneas teóricas que urge aplicar al mundo castreño también se encuentran, además de la ya mencionada etnoarqueología, los estudios de género. Esto es lo que llevan a la práctica las presentes autoras al reinterpretar la iconografía guerrera masculina de las diademas de Moñes, y proponer el carácter patriarcal de las comunidades humanas de la Edad del Hierro septentrional. En esta línea las estelas vadinienses, además de acercarnos a los diferentes grados y velocidades de romanización entre las poblaciones hispánicas, también redundan, en contra de las tesis tradicionales, en el carácter eminentemente patrilineal de aquellas poblaciones.



Fotografía 7: Rosa M^a Cid López durante su intervención.

Si el Castro de Caravia es un hito fundamental del mundo castreño del oriente asturiano y el de San Chuis del sector occidental, la Campa Torres (Gijón) es uno de los poblados mejor conocidos de la costa central asturiana. **Francisco Cuesta Toribio** (Fotografías 8 y 9) realiza un repaso de las principales características de un yacimiento que, al igual que San Chuis, estuvo ocupado al menos un milenio, y del cual, más que su trama urbana, conocemos preferentemente su potente sistema defensivo compuesto por una de las primeras murallas de módulos documentada en Asturias, la cual, al igual que el foso y los bastiones defensivos, se halla excavada prácticamente en su totalidad. La Campa Torres es un castro de grandes dimensiones que por su particular ubicación nos permite acercarnos a las particulares características sociales de este grupo prerromano del centro de Asturias.



Fotografía 8: Francisco Cuesta Toribio durante su explicación del aula arqueológica de la Campa Torres.

Pero también son significativas las aportaciones de las excavaciones llevadas a cabo en este castro para comprender la romanización de los indígenas asentados en Asturias. El Cabo Torres no solo fue reformado urbanísticamente en época altoimperial, apareciendo las características estructuras cuadrangulares, sino que además fue reinterpretado desde la ideología romana como lugar de propaganda del culto imperial. Además, este poblado, junto a la cercana ciudad romana de Gijón, nos permite entender mejor los procesos de disolución del fenómeno castreño asturiano.



Fotografía 9: Francisco Cuesta Toribio explicando a los alumnos del Curso las características del castro de la Campa Torres.

Rogelio Estrada García (Fotografía 10) presentó las últimas novedades en relación con las Guerras Ástur-Cántabras, centrandó su intervención en los resultados de las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en los últimos años en el escenario bélico de La Carisa. Lamentablemente Rogelio Estrada no ha podido entregar a tiempo el texto de su conferencia por lo que transcribimos aquí las notas que proporcionó durante el curso:

“Desde el año 2003 se vienen realizando campañas estivales de investigaciones arqueológicas en el denominado Escenario Bélico de La Carisa. Integran el mismo un conjunto de vestigios arqueológicos de variada tipología, localizados en el sector meridional del Cordal de Carraceo, divisorio de los concejos de Aller y Lena, en la zona central del sur de Asturias. Son: el campamento romano del Monte Curriechos, las fortificaciones de El Homón de Faro, los fosos de La Cava y la vía de La Carisa. Las primeras noticias sobre la fortificación

del Monte Curriechos se remontan a mediados del siglo XIX, si bien su verdadera naturaleza campamental romana se ha determinado a raíz de las actuales labores de investigación.



Fotografía 10: Rogelio Estrada García

Es un campamento de campaña romano ligado al proceso de conquista de la región, levantado en una fase avanzada de las Guerras Astur-Cántabras, acaecidas entre el 29-19 a.C. Se asienta en un paraje casi inexpugnable, en una prominencia situada a 1.728 m de altura, dominando media Asturias hasta la mar. El enclave ejerció de cabeza de puente, calculadamente estudiada y de máximo valor estratégico. Sabemos que el campamento fue levantado al menos en dos fases, lo que hace sopesar la posibilidad de que las primeras instalaciones fuesen construidas por la guarnición que protegía a las fuerzas de zapadores encargadas de la construcción de la citada vía Carisa. Aproximadamente 1 km más al norte, en línea de aire, se localiza la gran fortificación del Homón de Faro, sita en la vertiente meridional del monte homónimo, a unos 1600 m de altitud. Aquí se han documentado los restos de una muralla, en la que se advierten dos fases constructivas; la más moderna, conformada mediante la técnica de módulos, alcanza en algunos puntos los seis metros de anchura. Preceden a ésta, por su cara externa, una berma y un escarpe de cuatro metros de altura. Remata en su extremo occidental con una torre de planta cuadrangular. Esta gran barrera lineal de cuatrocientos metros de longitud, cruza en perpendicular el eje del cordal, cortando el eje viario que lo atraviesa. Fue objeto de una sistemática destrucción, verificada en un momento no muy posterior a su construcción, datada por análisis radiocarbónico en el tránsito de los siglos VII-VIII de nuestra

Era. En el costado opuesto –norte- del monte Homón, en el collado de La Cava, se han detectado tres grandes trincheras o fosos paralelos, de espectaculares dimensiones. La mayor alcanza los doscientos metros de longitud y veinticinco de profundidad, en algunas zonas. Dichos vestigios, de indudable origen antrópico, podrían corresponder a obras de fortificación o a huellas de antiguas labores mineras. Su verdadera naturaleza está aún pendiente de determinar. El elemento vertebrador de este gran conjunto patrimonial no es otro que la vía Carisa. Ésta recibe su nombre del legado de Augusto, Publio Carisio, general romano, fundador de Emerita Augusta (Mérida), que comandó las operaciones del frente astur en la guerra de conquista. El itinerario denota su origen genuinamente militar, revelado por su servicio al campamento de Curriechos y su trazado estratégico por las cumbres de la sierra, cumpliéndose de este modo la máxima que exige la proximidad de los establecimientos campamentales a las vías de comunicación. Mantendría su función hasta al menos el momento inicial de la Edad Media, como atestigua la muralla del Homón. Es una vía de algo más de dos metros de anchura, mayoritariamente terrera, aunque cuenta también con algunos tramos empedrados, que se adapta al plano de cumbres de la sierra de Carraceo siguiendo una dirección genérica S-N de más de una treintena de kilómetros. De la parte asturiana desciende al valle en las proximidades de Ujo –Ostium > salida–, muy cerca del centro de la región hacia donde habría de continuar, en tanto que de la parte leonesa discurre por el costado oriental del valle de Camplongo debiendo seguir por la arteria del Bernesga.”

Para finalizar el Curso estaba prevista la intervención de **Adolfo Rodríguez Asensio**, a la sazón Director General de Patrimonio Cultural de la Consejería de Cultura y Turismo del Principado de Asturias, con una conferencia titulada “Presente y futuro de los castros asturianos” en la que expusiera los planes de la administración cultural asturiana sobre estos importantes elementos del patrimonio arqueológico. Lamentablemente, no pudo impartir su charla pues tuvo que viajar a Québec (Canadá) como representante del Principado en los actos de la 32ª Conferencia del Comité del Patrimonio Mundial de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) en la que se declararon Patrimonio de la Humanidad diecisiete cuevas de la cornisa cantábrica con arte rupestre paleolítico, entre ellas las asturianas de Tito Bustillo, La Peña de Candamo, Llonín y el Pindal. En su lugar, el Curso concluyó con una mesa redonda sobre el tema de la conferencia en la que la Consejería estuvo representada, a sugerencia del propio Adolfo Rodríguez Asensio, por el técnico arqueólogo Ángel Villa Valdés, que hizo una breve exposición sobre la política de la Consejería en relación a los castros, continuando con un animado debate en el que participaron como miembros de la mesa la ponente Gema E. Adán Álvarez y los organizadores del Curso (Fotografía 11), en el que participaron activamente muchos de los cursillistas. Finalizada la mesa redonda, tuvo lugar la clausura del Curso con la correspondiente entrega de diplomas a los participantes.

Como complemento a los textos de las conferencias impartidas en el Curso cuyos autores aportaron a tiempo los respectivos manuscritos, hemos creído interesante incluir en este volumen un texto de **Alfonso Fanjul Peraza** y **F. J. Fernández Riestra** sobre la evolución del poblamiento castreño en el valle de Teverga que recoge las observaciones de los autores en relación con la puesta a punto de una arqueología de alta montaña y de los espacios ganaderos en Asturias.



Fotografía 11: Gema E. Adán Álvarez, Jesús F. Jordá Pardo, Carlos Marín Suárez y Ángel Villa Valdés, durante la mesa redonda con la que terminó el Curso.

No podemos terminar esta crónica del Curso sin expresar nuestro agradecimiento al Dr. Mario Menéndez Fernández, Director del Centro Asociado de Asturias de la UNED en Gijón, que acogió nuestra propuesta de organizarlo con enorme interés y nos animó desde el principio a publicar los textos de las conferencias en *Entemu*, la revista del Centro Asociado, configurando el número monográfico que ahora ve la luz. También queremos recordar aquí al personal de la UNED de Gijón, que durante la celebración del Curso nos acogió en el Centro Asociado con amabilidad y buen hacer, y especialmente a Carlota Loureiro Arredondas, cuya contribución ha sido clave para que este número de *Entemu* salga a la luz. Finalmente, queremos expresar nuestro agradecimiento a los profesores y profesoras que aceptaron participar en el Curso, por el esfuerzo realizado, y a los participantes en el mismo, sin cuyo concurso no hubiera sido posible llevarlo a la práctica.